

## La noche

Mil enjambres de estrellas.  
La soledad de Dios  
en el alto silencio.

Los árboles elevan  
sus herrumbrosas alas,  
como si la tierra quisiera alzar el vuelo.

La noche se remonta  
por los desiertos planetarios.

El viento adolescente  
juguetea, dichoso, entre los árboles,  
agitando las ramas y las sombras  
y enturbiando el silencio.

Por el mar sin orilla de los cielos,  
la vela de la luna navega a la deriva.

Algunas islas vagan por las aguas serranas,  
y luego se deshacen en el remoto viento.

Tendidos sobre el césped contemplamos la noche,  
con el hijo pequeño que late a mi costado.  
-¿Cómo se hace la noche? – el niño me pregunta.  
-Como se hace la tarde, el alba y el otoño...

Y se quedó dormido frente al cielo redondo,  
con las manos colmadas de estrellas pequeñitas.

Estas dos pobres briznas tendidas en la tierra  
¿qué son ante el misterio?

¿Qué somos ante aquellos infinitos racimos  
de mundos solitarios que en el espacio giran?

Desde el mínimo coro de los grillos  
contemplo con tristeza y estupor el milagro  
de las galaxias.

Me siento desterrado  
como el titán rebelde cantado por Ovidio,  
condenado a morir en un rincón del tiempo.

¡Quiero ser inmortal y soy triste pavesa!  
Sólo tengo las alas del ensueño, y quisiera  
remontar esta noche, de la mano del hijo,  
hasta el alucinante torbellino de mundos  
que hierve en el espacio.

Pienso en el astronauta que mancilló la luna,  
llevando nuestros restos de lodo a sus magnolias,  
que sorprendió el silencio delirante del cosmos,  
manchando de tristeza la impoluta armonía.

Aún se matan aquí los niños y los pueblos.  
Se ha olvidado a Jesús, y en los prados de Asís  
enarbolan los odios sus sangrientas banderas.  
Falta la libertad, el pan y la justicia;  
y el hombre está obligado a vivir como el lobo,  
a ser sólo un robot.

¡Pero la juventud estalla en cada aurora  
y planta árboles nuevos!

¡Oh Dios, salva los sueños

del hombre desvelado,  
condenado a morir  
y a odiar! ¡Salva tu sueño!

Duele la madre tierra, los tatuajes del árbol  
y los hombres que sufren hambre de eternidad.

¡Oh noche melodiosa, responde a mi llamado!  
Necesito nutrirme de dulces certidumbres,  
saber que alguien dirige  
el rumbo de esta nave perdida en el espacio.

Aprieto fuertemente la mano pequeñita,  
tabla de salvación en mi lento naufragio..

Y me quedo dormido con los labios estériles,  
mientras la noche canta luminosa de abejas..